

“Como el Padre me envió, así también yo les envió a ustedes”: (la mujer en la evangelización)

María Clara Lucchetti Bingemer

Al celebrar los 500 años de evangelización en América Latina, toda la Iglesia del continente está empeñada en realizar una evaluación de la primera evangelización para trazar las perspectivas de futuro, diseñando las líneas maestras de la llamada “nueva evangelización”.

En el balance que se está elaborando, se constata una casi unanimidad en señalar, junto a toda una serie innegable de aspectos positivos, algunos puntos oscuros y sobre todo algunas ausencias, como por ejemplo la de los indios y los negros. Muchas voces se han levantado para cuestionar el lugar opaco y relegado a un segundo término que los representantes de estas razas y etnias ocuparon en la evangelización, más aún la opresión de que fueron víctimas en el decurso de aquel proyecto evangelizador que, a menudo, no consiguió librarse suficientemente de una alianza con el proyecto colonial.

Me gustaría, en este artículo, llamar la atención sobre otra ausencia aún más silenciada hasta hoy: la ausencia de la mujer. Aunque presente y actuante a nivel “subterráneo” en el caminar de la Iglesia, la mujer nunca ha aparecido de manera suficientemente visible en lo que podríamos llamar “primera línea del frente” de la evangelización y proclamación de la Buena Nueva, no sólo en el continente latinoamericano, sino en todo el mundo. Su

actuación y su empeño en la difusión del Evangelio no siempre aparecerán ante los ojos de todos, sino apenas a los ojos de Dios.

Hoy, cuando por todas partes se habla de una nueva evangelización, es el momento de rescatar esta situación y sacar a la luz la importancia de la mujer en el trabajo y en la misión primordial de la Iglesia: el anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo a toda criatura. Para ello, voy a considerar la evangelización como un proceso con diferentes etapas a manera de notas diferentes que se entrecruzan y se alternan para darnos una misma melodía. Tales etapas son: la escucha de la Palabra, la confesión de fe, el envío en misión y la construcción de la comunidad.

Después de identificar en qué consiste cada etapa, mostraremos cómo, en el Nuevo Testamento, la mujer aparece constantemente presente y de manera destacada, es decir, cómo desde el primer momento del “acontecimiento” del Evangelio en medio del mundo, la mujer fue íntima y profundamente asociada por el mismo Señor Jesús, el primer evangelizador, y cómo por su respuesta entusiasta y comprometida a este llamado del Señor, la mujer se convierte en pieza fundamental e indispensable de la misión evangelizadora de la primera Iglesia y en la Iglesia de todos los tiempos y lugares, incluidos los nuestros, en vísperas de la conmemoración del V centenario del descubrimiento y evangelización del continente.

La escucha de la Palabra

“María, sentada a sus pies,... escuchaba sus palabras” (Lc 10,39)

El primer acto de toda evangelización no es decir una palabra, sino escucharla. Se trata, pues, de receptividad y apertura, de pasividad y contemplación antes del anuncio y proclamación audible y perceptible. Antes de hablar, el evangelizador es invitado a ponerse a la escucha de una Palabra que viene de Otro, el cual le poseerá y le configura para que el anuncio sea digno de crédito y de acogida. El Evangelio es, pues, palabra oída, escuchada y acogida antes de ser palabra anunciada y proclamada.

Así, a la escucha de esta Palabra mayor que le reconstruye por dentro y le convierte en anunciador y testimonio, el evangelizador, que ante todo es evangelizado, recibe de esta misma Palabra la revelación sobre su verdadera identidad. Al abrirse a la Palabra de Dios, además de aprender algo sobre el misterio de Aquél que se revela a sí mismo, llega a un conocimiento mayor y más auténtico sobre sí mismo, como persona oyente que se abre a la Palabra,

una Palabra que confirma al ser humano en su humanidad y, por tanto, en su condición de criatura, imagen de Dios.

Ahora bien, lo que caracteriza precisamente al ser humano y le diferencia de los otros seres creados es esa posibilidad, que le es dado como don, de abrirse al Trascendente, de desear al Infinito, de escuchar al Inefable y totalmente Otro. Es ser, en suma, un oyente de la Palabra. A pesar de la fragilidad y provisionalidad de su carne, el ser humano recibe la revelación dada por el mismo Dios, en su yo más profundo, que le hace capaz de abrirse y acoger esta Palabra creadora que se autocomunica y le revela su condición plenamente humana, de interlocutor de Dios. De ahí, de esta escucha y acogida, de esta toma de conciencia de sí mismo como ser relacional y oyente, y sólo desde ahí, puede nacer el proceso de evangelización, como proclamación de la Palabra escuchada y como transmisión y continuación de la cadena de relaciones iniciada entre el ser humano y Dios.

La evangelización, por consiguiente, antes de ser anuncio es discipulado, es aprendizaje obediente vivido a los pies del Señor, como un alumno frente a su maestro. Es ejercicio del oído que procura estar siempre más abierto y disponible para recibir la Palabra que enseña, fortalece, revela y consuela. El profeta (Is 50,4) le pide humildemente a Dios este oído de discípulo que posibilita una escucha tanto del fenómeno de percepción acústico-sensitiva como de una aceptación espiritual. El verbo griego *akouó* y el sustantivo *akoé* implican ambas cosas en el significado neotestamentario y, acompañados de palabras que indican atención, intensidad, respeto y devoción “desde abajo”, adquieren el significado de *obedecer* y *obediencia*.

Evangelizar es, por tanto, una misión recibida, no una decisión auto-suficiente que uno toma por sí mismo. Misión recibida, oída y discernida en la oración, contemplativamente. En los orígenes de toda evangelización se halla siempre esta escucha humilde que descubre al ser humano su condición de oyente y lo hace cada vez más discípulo de un Señor que lo forma en su escucha para poderlo enviar después a proclamar su Palabra.

Así fue como la primera comunidad evangelizadora, convocada por Jesús, hizo su aprendizaje en la escucha y el seguimiento, formada por El mismo para continuar su misión y llevar su Palabra a los demás. En los orígenes de toda evangelización hay una experiencia: la experiencia de escuchar a Dios y acogerlo en su intimidad, dejándose transformar por El y obedecer sus deseos e invitaciones.

A diferencia de los “rabís” de su época, Jesús de Nazaret no admite sólo discípulo varones en el grupo que escucha sus enseñanzas y lo sigue por los caminos de Palestina. Por eso, en el evangelio de Lucas, encontraremos sentada a sus pies, en la posición clásica del discípulo, a una mujer, María de Betania (Lc 10, 38-42). Como Pablo recuerda su discipulado sentado a los pies de Gamaliel, escuchando sus enseñanzas (Hch 22,3), así también esa mujer de Betania que Jesús amaba -como a su hermana Marta y su hermano Lázaro (Jn 11,5)- aparece en el evangelista sentada a los pies del Maestro, escuchando sus palabras, mientras su hermana Marta se afana en servirlo, cumpliendo el papel tradicional asignado a la mujer en sus trabajos domésticos.

Esta escena de las dos hermanas, según la moderna exégesis y la teología bíblica, nos permite ver a una mujer reivindicando para sí, libremente, un derecho hasta entonces concedido únicamente a los hombres: escuchar las enseñanzas de un “rabí”. Al hacer, esto, María de Betania instaura una ruptura en el orden pre-establecido de la sociedad judía, incluso en su propia casa, lo cual provoca la indignación y la protesta de Marta. Su gesto es atrevido, pero más aún las palabras de Jesús que lo refrenda. Además de no dar la razón a la queja de Marta, el Maestro confirma a María en el discipulado. Así, aceptada como discípula que El ha escogido y confirmada en el lugar que ocupa, María recibe del Señor la promesa de permanecer con la mejor “parte” elegida por ella, que “no le será quitada” porque se trata de algo necesario, es decir, del propio Jesús y de su palabra a lo cual María da prioridad sobre cualquier otra cosa.

Jesús rompe así con la tradición rabínica judía que reservaba sólo a los hombres el derecho al discipulado y concede a la mujer que lo dejó todo para escucharlo el carisma que la integra a la comunidad de los discípulos.

Esa palabra que María oyó y acogió, luego la puso en práctica como aparece en otros relatos evangélicos, como por ejemplo, cuando llora la muerte de su hermano Lázaro y, al mismo tiempo, manifiesta su fe y esperanza en Aquél cuya Palabra conquistó su corazón: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano” (Jn 11,32). O más adelante, en el cap. 12 del cuarto evangelio, cuando unge los pies de Jesús con un perfume carísimo y los seca con sus cabellos. En interpretaciones hechas por mujeres teólogas y biblistas sobre este relato, se establece la hipótesis de que el gesto de María tiene el alcance de una anticipación de la recomendación hecha por Jesús a sus discípulos del servicio agápico de lavarse los pies unos a otros. Se resalta

también el paralelismo que sugiere el evangelio entre la posición de María y la Judas que muestra la diferencia entre la verdadera discípula, María de Betania, y el discípulo infiel, Judas Iscariote.

María, la discípula de Betania, nos enseña a todos hoy que evangelizar es ante todo una cuestión de amor. El Evangelio no es un contenido intelectual que se aprende de memoria para repetirlo después, sino más bien una Palabra que apasiona y seduce por ser Palabra encarnada en la persona de Jesucristo. Palabra para ser oída y seguida, pero sobre todo amada (cfr. Mt 10,37-39; Mc 8,34-35; Lc 14, 26-27; 9, 23-24).

Para poder enunciar el Evangelio y ser capaz de evangelizar, de comunicar esta Palabra cuyo contenido en Jesús mismo, es preciso enamorarse, dejarse seducir, abrir los oídos a una Palabra que compromete la vida entera, canaliza nuestras fuerzas y energías, lo exige todo y nos conduce a una obediencia hasta la muerte. Es la bienaventuranza de quienes escuchan la Palabra y la ponen en práctica. La discípula María de Betania, como nos muestra el Evangelio, vive este amor radical y totalizante.

También las otras mujeres que se encontraron con Jesús de Nazaret, en su tiempo, hicieron la experiencia de que su vocación escatológica y el camino de la felicidad era ser discípulas fieles y obedientes, abiertas a la Palabra de Dios llevada a la práctica, más que contentarse con las expectativas relacionadas con su maternidad biológica (Lc 11,27) o el desempeño de sus tareas domésticas (Lc 10,40). Hoy, las mujeres continúan también siendo llamadas a aportar, para toda la comunidad evangelizadora, la contribución inestimable de su escucha amorosa de la Palabra como elemento prioritario en el proceso de evangelización.

La mujer, en efecto, tiene una manera propia de vivir su relación con Dios, "siente" a Dios de otro modo, más unitario e integrado. Acostumbrada como está a liberar y no reprimir su afectividad, a diferencia del pudor inculcado culturalmente a los hombres en la manifestación de sus sentimientos, la mujer tiene condiciones especiales para vivir la escucha del Evangelio de una manera propia y original.

En esta escucha que seduce y apasiona, la mujer no teme la audacia de una entrega total y amorosa, que abarca todas las dimensiones de su ser y tiene repercusiones profundas en su misma corporeidad; no tiene vergüenza de realizar gestos extremos y apasionados, como las mujeres del Evangelio que lloran sobre los pies de Jesús, besándolos y perfumándolos.

En nuestras comunidades hoy, la mujer sigue teniendo esta presencia que nos ayuda a todos a establecer una relación amorosa y apasionada con el Señor, atravesada de afectividad, consolación y ternura. Al vivir así esta prioridad absoluta de escucha de la Palabra y de la contemplación subsiguiente, conduce a toda la comunidad por el camino sin retorno del amor que, paradójicamente, más se da en la medida en que haya más despojamiento, abnegación y entrega. En la pobreza anuente de su escucha humilde de la Palabra de Dios, las mujeres que coordinan los Círculos Bíblicos, en las CEBs, y los grupos de oración van preparando, en la misma escuela, a aquéllos y aquéllas que serán los futuros evangelizadores. En efecto, esta experiencia de escucha, que es fundamentalmente una experiencia de amor, es la única que dispone para confesar con la boca lo que se escuchó con el oído y el corazón.

La confesión de fe

¿Crees esto? (Jn 11,26)

Todo el que se abre a la Revelación de Dios, a través de la escucha amorosa de su Palabra, está llamado a confesar su fe, es decir, a proclamar, en el contexto de una comunidad, las cosas, decisiones o tomas de posición personales. Así es como, en la Sagrada Escritura, el pueblo confiesa las obras poderosas de Yahvéh, al mismo tiempo que confiesa sus pecados. Existe también la confesión cultural, en forma de aclamaciones o doxologías litúrgicas.

En el NT, la palabra *homologéo*, que se traduce por confesar, aparece 26 veces (10 de las cuales en Juan), y es un concepto mucho más amplio que va desde el significado fundamental jurídico del griego profano, hasta la acepción judaica tardía de confesión de los pecados. El sustantivo *homología* (*confesión*), que aparece sólo 6 veces, designa exclusivamente la confesión de fe cristiana (cfr. 2 Co 9,13; 1 Tm 6, 12- 13) que tiene su lugar definido en la liturgia (cfr. Heb 3, 1; 4, 14; 10,23).

Jesús retoma la noción de confesión vetero-testamentaria al exigir la confesión de fe en su propia persona. Cuando, por ejemplo, en Mt 10, 32 y siguientes, el Maestro habla de confesión se trata de un testimonio que puede llegar hasta el derramamiento de la sangre. El texto que precede este versículo del cap. 10 de Mateo (26-31) lo deja bien claro al mostrarnos a Jesús que consuela y tranquiliza a sus discípulos en relación con aquellos que pueden matar el cuerpo, pero no el alma.

Confesar la fe en Jesús equivale, por tanto, a echar su suerte con la de Jesús y declararse públicamente a su favor, con palabras y hechos. A quienes así le confiesen, Jesús los reconocerá como suyos delante del Padre (v.33). El texto adquiere así más fuerza al contraponerle el matiz de la negación, expresa en el termino *arneomai* = renegar (cfr. Mt 10, 32; Jn 1,20; Ti 1,16; 1 Jn 2,23), puesto que la negación es siempre sinónimo de una apostasía global hacia Jesús y su propuesta. Esta contraposición subraya de modo particular el compromiso escatológico implicado en la confesión y profesión de fe.

En la medida en que el ser humano confiesa a Jesús o se aparta de él, toma una decisión cuyo peso le remite al juicio de Dios puesto que el creyente, al estar tan profundamente unido a Cristo, confiesa su fe en Jesucristo como si la confesara delante de Dios.

Pablo afirma también que la confesión de fe en Jesús es indispensable para testimoniar la fe (Rm 10,9s) ya que se trata de un acto totalizante y coherente que abarca toda la persona (confesar con la boca y creer con el corazón). La dimensión interior de adhesión a la Palabra y a la persona de Jesús, unida a la dimensión publica, hace que el ser humano pueda profesar su fe de manera audible e inteligible para los que le oyen.

La fe confesada es, pues, un acto mediante el cual el ser humano se entrega a Dios y le reconoce como único autor de la salvación en Jesucristo. Por eso, la fe no se apoya ni en la sabiduría humana ni en el prestigio de quienes la transmiten y anuncian con su palabra, sino en el poder de Dios (cfr. 1Co 2, 1-5; 1Tes 1,5). La adhesión de la fe comporta también una dimensión intelectual puesto que implica a la razón, por esto la fe es al mismo tiempo y sobre todo una sumisión a Dios en escucha obediente a su Palabra. (cfr. Rm 6,17; 2Co 10, 4-5; 2Tes 1,8).

El ser humano se entrega confiadamente a Dios porque le reconoce fiel a sus promesas y capaz de mantenerlas (Rm 3, 3-4; 1Co 1,9; 2Co 1,18: Rm 4, 21). Por ser, como es, algo que no se fundamenta en las capacidades humanas, la fe es un don de Dios, una gracia (2 Tes 2,13) y la confesión del señorío de Jesús que comporta no sería posible sin la fuerza del Espíritu Santo (Rm 10,9; 1Co 12,3), es decir, sin la intervención directa de Dios.

Por eso, la confesión de fe es el elemento intrínseco y esencial a la evangelización. No basta haber escuchado la Palabra y adherirse a ella en lo íntimo del corazón. Es preciso hacer publica esta adhesión, asumirla con todas sus consecuencias ante los demás que podrán esperar de aquéllos y aquéllas que confesaron su fe una coherencia y unas actitudes conforme a su palabra.

El evangelizador debe ser, ante todo, un testimonio fiel, un confesor de la fe que da razón con sus actos, su palabra e incluso con su sangre de la esperanza que lo anima.

En los primeros siglos del Cristianismo, cuando la persecución a los cristianos enriquecía a la Iglesia con numerosos mártires, el Espíritu Santo se manifestaba también a través del carisma de los confesores que, sin haber derramado su sangre, continuaban no obstante, aun a riesgo de su vida, defendiendo con coraje su fe ante los paganos. Estos y éstas, que no osaban atribuirse el título de mártires, se proclamaban “humildes confesores” por su testimonio en pro de la evangelización naciente.

El cuarto evangelio nos muestra una mujer que pronuncia en plenitud esa confesión de fe exigida por Jesús. En medio del dolor provocado por la muerte de su hermano, Marta redescubre intocada, en lo mas hondo de si misma, su fe en Jesús como fuente de vida y salvación: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que aun ahora Dios te dará todo lo que pidas” (Jn 11, 21-22). Esa fe de Marta es desafiada por el mismo Jesús en un profundo diálogo teológico, hasta llegar a revelarle a Marta su identidad y autodefinirse como “la Resurrección y la Vida”. Después de esta revelación inaudita de una vida que no muere, le pregunta: “¿Crees esto?” A partir de esta pregunta de su Señor, Marta confiesa su fe. Su confesión sintetiza todo lo que los evangelios nos dicen sobre Jesús: “Si, Señor, yo creo que tu eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo” (Jn 11,26). Al decir esto, Marta confiesa el mesianismo y la filiación divina de Jesús y reconoce a la vez en él la fuente de toda resurrección y de toda vida.

La confesión de fe mesianica que los Evangelios sinópticos ponen en boca de Pedro (cfr. Mt 16, 15-10) lo pone el Evangelio de Juan en boca de una mujer. La comunidad juanea reconoce a una mujer como portavoz y representante del contenido de su fe. Su confesión es a un mismo tiempo base y fundamento para la evangelización, principal misión de la comunidad. El reconocimiento de la filiación divina de Jesús, la salvación que él nos trae y la proclamación de esto como Buena Nueva forman un dinamismo que desencadena todo el proceso de evangelización, tal como está resumido en este episodio del capítulo 11 del Evangelio de Juan.

Después de confesar con la boca la fe que le animaba, Marta va a llamar a su hermana para hacerla partícipe de su alegría. El carácter difusivo e

inclusivo -nunca intimista ni excluyente- de toda evangelización esta también enfatizado en el relato y en la persona de Marta de Betania.

Al confesar su fe en Jesús como fuente de vida que vence la muerte, Marta abre el camino para que la Buena Nueva del Evangelio entre en su casa y en su familia, duramente golpeada por la muerte del hermano. Solo ella y su hermana María, entre todos los que allí lloraban la evidencia de un cadáver que, después de cuatro días de muerto, ya olía mal, mantienen intacta su fe. Movidas por esa fe, corrieron al encuentro de aquél que guardaba en sus manos el secreto de la vida.

Aunque la fe es verdadero conocimiento, no es en esta vida una luz perfectamente clara, exenta de opacidades. En espera del momento en que se transformará en visión, la fe está profundamente ligada a la esperanza, a la paciencia que aguarda, en medio de las tribulaciones, la manifestación y el triunfo de la vida.

Marta de Betania, mujer sabia y fuerte en la fe, sabe esperar más allá de las evidencias. La confesión que brotó de sus labios fue el fruto maduro de su confiado amor en el Maestro. Como toda mujer, Marta sabe que los procesos de vida son lentos y dolorosos. Es preciso sufrir y esperar para poder llegar a la luz de la Revelación de Jesús como el Mesías tan esperado, como el Hijo de Dios.

Así como Marta, también muchas mujeres aportan a la evangelización la contribución inestimable de una fe inquebrantable que no pierde el coraje ante las “evidencias” más oscuras. Un tal fe, aliada a la paciencia que requiere una gestación lenta del Evangelio en los diferentes medios y culturas, en medio de las circunstancias más adversas, es una de las grandes contribuciones que la mujer puede aportar hoy a la evangelización.

En nuestra época, las personas están cansadas de discursos huecos y de palabras vacías. El hombre contemporáneo escucha más a gusto los testimonios que a los maestros, a no ser que los maestros sean también un testimonio. A menudo, la dificultad que implica el testimonio puede llevarnos al descorazonamiento y al desánimo hasta dejar a un lado la evangelización explícita, que se basa en la confesión de fe, para dedicarse solamente a un trabajo de promoción humana y social que es, en definitiva, lo que importa.

Pero aunque la evangelización esté intrínseca e inseparablemente relacionada con la promoción humana y la liberación socio-económica y política,

nada nos dispensa ni sustituye la confesión explícita de fe en Jesucristo por más dificultades que esta explicitación encuentre hoy día.

La mujer, con una fe inquebrantable que sabe creer mas allá de cualquier oscuridad, y con una paciencia fruto de su larga experiencia de quien no ve nada y aguarda el día en que finalmente podrá hacerse oír, ser escuchada y tomada en cuenta en la sociedad y en la Iglesia, está llamada hoy a enriquecer a toda la Iglesia con esta experiencia que afirma que todavía es posible confesar con la boca lo que se cree con el corazón.

La falta de ánimo evangelizador que se respira hoy en algunos sectores eclesiales, bajo forma de tibieza y timidez, hace que la comunidad eclesial tenga mucho que agradecer a las herederas de Marta de Betania que hacen resonar con coraje y claridad la confesión de su fe en Jesucristo como Hijo de Dios y Mesías que tenía que venir a este mundo.

El envió en misión

“Ve y diles a mis hermanos...” (Jn 20,17)

Sólo puede evangelizar aquél o aquélla que son enviados. Ninguna iniciativa meramente humana puede mover a alguien a hablar de lo que oyó acogió en su corazón y difundir a los demás lo que confesó con su boca delante de la comunidad. Así como Jesús sólo se autocomprendía como enviado del Padre, sin decir ni hacer nada que no lo remitiera a este envío primordial, así también el evangelizador es un enviado de Jesús para hablar de lo que ha visto y oído. De esta conciencia de ser enviado brota el coraje y la fuerza para anunciar la Buena Noticia de que Aquel que nos envía es el Hijo de Dios, es el mismo Dios.

En el NT, la palabra “enviado”, *apóstolos*, aparece siempre con sentido de misión, de participación de los discípulos en el trabajo de Jesús. Pero, mientras en Lucas esta palabra tiene un significado restringido a los 12, en Pablo, el término es más amplio y lo aplica tanto a sí mismo como a sus colaboradores más directos, Apolo, Junia y Andrónico (cfr. 1 Co 1,12; 3,4; 4,6; 16,12; Rm 16,7), todos ellos verdaderos apóstoles.

Lo cierto es que, en ninguna parte, el NT deja entrever una comprensión del apostolado desligado del envío misionero, como un oficio eclesiástico institucionalizado y rígidamente transmisible.

El apostolado, es decir, la misión de quienes se sentirán enviados por mandato del Señor a anunciar la Buena Noticia, contribuyó a evitar que se le diluyera en el tiempo el mensaje cristiano y que se perdiera el vínculo de unión entre el Jesús histórico y el Cristo del Kerigma y no parece que fuera restringido a un pequeño grupo determinado dentro de la Iglesia naciente.

El enviado es alguien que habla de lo que experimentó. Alguien que, habiendo convivido íntimamente con el Señor, observó amorosamente sus gestos, su forma de ser y de tratar a las personas, bebió sus palabras e hizo de ellas el contenido fundamental de su vida y misión.

La conciencia de ser enviado le impide centrarse en sí mismo, más bien le obliga a estar permanente fuera de sí, en éxodo constante hacia Dios y hacia los demás. Este éxodo perenne implica una participación directa en la propia dinámica de la vida trinitaria de Dios.

El Dios de Jesucristo, el Dios cristiano no es solamente un Dios que envía, sino también un Dios enviado. El movimiento salvífico de la Santísima Trinidad, la economía de la salvación, revela fundamentalmente el envío del Hijo que “no se aferra” a su prerrogativa divina (cfr. Fil 2, 5-11), y viene, enviado por el Padre, al encuentro de la humanidad pecadora mediante la encarnación, vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Otro envío, el del Espíritu Santo, el Paráclito, enviado por el Padre y el Hijo, sale del convivio inefable e inmanente de la comunidad trinitaria para vivir permanentemente en dirección de los seres humanos, habitando en ellos, recordándoles las palabras de Jesús y guiándoles hasta la verdad plena.

En este éxodo permanente que marca el movimiento salvífico económico de la vida del propio Dios, hay una característica kenótica destacable. “Salido” de la perfecta comunión intratrinitaria, el Hijo se vacía y se humilla, toma la forma de hombre y de esclavo, se hace obediente hasta la muerte y muerte de cruz, va a los suyos que no le reciben (cfr. Jn 1,11).

El Espíritu, a su vez, apenas podrá ser encontrado en los otros. Su rostro son los rostros humanos, sus palabras son las del Padre y el Hijo: “Abba, Padre” y “Señor Jesús” (cfr. Gal 4,6; 1Co 12,3). Y en el misterio de amor de su habitación en nosotros, criaturas humanas heridas por el pecado, se expone a ser abatido, contristado y apagado (cfr. Gal 5,17; Ef 4,30; 1 Tes 5,19; Heb 10, 29).

Así también, todo aquél o aquélla enviados a proclamar la Buena Noticia del Evangelio reciben como exigencia, juntamente con la misión, el deber de salir de sí mismos, realizar un éxodo permanente en dirección a quienes han ido a anunciar. Todas estas características se encuentran reunidas en una mujer, María de Magdala, “enviada” por Jesús como la primera anunciadora de su Resurrección. Todos los evangelistas mencionan a María Magdalena, junto a la tumba vacía, sola o con las otras mujeres, y todos la presentan en misión. En Lucas y en el apéndice de Marcos (16, 9 ss), ella anuncia a los discípulos lo que presencié; en Marcos y en Mateo, ella recibe junto con las otras mujeres la misión de anunciar la resurrección a los discípulos; en Juan, recibe el mandato del mismo Jesucristo Resucitado de ir a anunciar su victoria a los hermanos.

No se trata aquí de sobrevalorar artificialmente el hecho de que los Evangelios hayan colocado a las mujeres como las primeras testigos de la Resurrección, antes que a los apóstoles y aún del discípulo amado. Sin embargo, no podemos dejar de admitir la posibilidad de algún hilo conductor intencionado, por parte de los evangelistas, entre un ser inferior como era la mujer en el judaísmo y el núcleo principal del Evangelio como es la Resurrección.

María de Magdala había recuperado su integridad personal, restaurada por Jesús. A partir de ahí, empleaba todo su tiempo en seguir, oír y beber sus palabras y enseñanzas. En la cruz, a la hora de la dispersión y deserción de los discípulos, permanecerá de pie, hasta el fin, presente y fiel (cfr. Mc 15, 40 y paralelos). Esa es la mujer, probada y madura, a quien Jesús envía para anunciar la feliz noticia de su resurrección. Después de lo visto y oído (Jn 20, 11-18), de haber sido llamada por su nombre y de haber reconocido su voz, como la oveja al Pastor, y haber experimentado la alegría inefable de la presencia viva de aquél cuya muerte presenciara, María Magdalena no puede guardar sólo para sí lo que ha visto y oído. Por eso, es enviada por el Señor a los hermanos: “...ve y di a mis hermanos que voy a reunirme con el que es mi Padre y el Padre de ustedes, mi Dios y Dios de ustedes” (Jn 20,17).

Investida por el propio *Kyrios* para el ministerio del *Kerigma*, de la evangelización y del anuncio del misterio de su Pascua -misión central de los testigos en el NT-, María de Magdala es, desde aquel momento, portadora del don que hace crecer todo el cuerpo de la Iglesia que así se va constituyendo y ganando identidad, bajo el soplo del Espíritu.

La fe llega a la comunidad eclesial a partir del testimonio de aquéllos y aquéllas que vieron y creyeron (cfr. Jn 20-28), entre los cuales se incluye a María de Magdala, una mujer. Más aún, la fe del propio grupo apostólico que tuvo más importancia para la Iglesia primitiva -el grupo de los once- tiene como primer fundamento el anuncio de la Resurrección proclamado por las mujeres y, especialmente, por María Magdalena, como mencionan los cuatro evangelistas.

En efecto, el apéndice de Marcos nos muestra a María anunciando a los once la resurrección de Jesús (Mc 16,9-11). Y más adelante, el mismo Jesús censura a los once por no haber dado crédito a las y a los que les anunciaron su Resurrección (Mc 16,14). Lucas nos relata también el anuncio hecho por las mujeres -entre las cuales está María Magdalena- “a los once y a todos los demás” (Lc 24, 8-10). En cuanto a Mateo y Juan apenas mencionan el anuncio a los “discípulos”, sin especificar a los once (Mt 28,10; Jn 20,18).

A pesar de los problemas exegéticos que pueden surgir en la atribución concreta del anuncio de la Resurrección a los apóstoles, por parte de las mujeres, la tradición más antigua de la Iglesia reconoce la importancia de este hecho y así llama a María Magdalena “apóstol de los apóstoles”, es decir, enviada a aquéllos mismos que posteriormente fueron reconocidos por todo el cuerpo eclesial como “los enviados” por excelencia: el grupo de los Doce apóstoles que tanto destacan en el NT.

Parece también claro que, al asumir el mandato y el envío del Señor para anunciar la Buena Noticia de su Resurrección, María Magdalena y sus compañeras tuvieron que pagar el precio de experimentar el desprecio y el descrédito de parte de los apóstoles (cfr. Mc 16,11; Lc 24,11). Así, la señal característica del éxodo de sí mismo, de la Kénosis que acompaña todo envío y toda misión, presente incluso en la propia dinámica trinitaria, está también presente en el envío de las mujeres, las primeras apóstoles de la Resurrección.

Así también hoy, la mujer es enviada por el Señor a tomar la palabra y anunciarla a todas las personas, por todas partes. La mujer, dotada por Dios de una sensibilidad y una percepción muy especiales, de una fidelidad y capacidad de soportar las pruebas y los momentos más difíciles, de una tenacidad capaz de ir a buscar vida incluso dentro de un sepulcro (cfr. Jn 20,11-12), es llamada hoy, como antaño María Magdalena, a anunciar lo que ha visto y oído, a comunicar a los demás su experiencia del Evangelio, la Buena Noticia de que la vida vence a la muerte.

Tal vez, no sea tomada muy en serio como tampoco lo fueron María y sus compañeras por los discípulos que no dieron crédito a su testimonio (cfr. Mc 16,21); tal vez su misión y el anuncio que nos trae pueda parecer al mundo un “desvarío”, no digno de crédito (Lc 24,11); lo importante, sin embargo, es que acontece la Evangelización y Cristo es anunciado.

La mujer es llamada, hoy como ayer, a colocarse en primera línea de este anuncio de la salvación que ha llegado para todos. Y lo hace con tenacidad e insistencia, más allá de todos los descréditos y desprecios que reciba, sabiéndose miembro pleno y activo de la comunidad de bautizados, marcados con el sello del Espíritu, cuya primera y más importante misión es anunciar a tiempo y a destiempo la Buena Noticia de la Resurrección de Jesucristo.

La participación en la Comunidad

“... a los que tanto han trabajado por el Evangelio” (cfr. Rm 16,12)

La comunidad eclesial, construida a partir de la experiencia gozosa de la Resurrección de Jesús y alentada con la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, es una comunidad donde se establecen nuevas relaciones entre las personas. Los relatos del NT nos transmiten el retrato de un grupo humano verdaderamente “informado”, inspirado y atravesado por una experiencia nueva y transformadora que lo destaca en medio de la sociedad y del entorno religioso de su tiempo.

La propuesta del Reino, traída por Jesús, va creciendo, a pesar de todas las dificultades humanas, en medio de aquéllos que se van adhiriendo al anuncio apostólico, como semilla en tierra fértil, transformando sus relaciones humanas en términos de un aprendizaje de igualdad y fraternidad reales.

Esta primera comunidad que se formó en la aurora del Cristianismo es normativa para la comunidad eclesial de todos los tiempos. Por eso, al mirar hacia la Iglesia Primitiva, la Iglesia de hoy va profundizándose cada vez más en su propia identidad y misión, ganando más animo para examinarse humildemente ante el Señor a fin de convertirse y corregir la ruta que apunta hacia el futuro.

La manera como la Iglesia primitiva vivía y se organizaba en vista a su misión primera de anunciar el Evangelio a toda criatura, puede ayudar a la Iglesia de hoy a percibir cómo vive su organización interna en orden a la vivencia de la misión que se le ha confiado más allá de sus fronteras. El lugar

y el margen que la Iglesia primitiva daba a las mujeres, en su estructura de organización misionera, es uno de los puntos más importantes y característicos que reclaman una revisión y una conversión urgente a la Iglesia de hoy.

Lo primero que llama la atención en este particular, cuando se mira a la Iglesia primitiva, es precisamente el propio rito de la iniciación que marca la entrada de un nuevo miembro en la comunidad.

Al contrario del judaísmo, el rito de iniciación del Cristianismo, el bautismo, no es un rito sexista. No pasa necesariamente, en su realización, por la anatomía de uno u otro sexo, como acontece en el rito judío de la circuncisión. Si en el NT hallamos polémicas en relación con el bautismo, en el sentido de admitir o no a los varones gentiles que no habían pasado por circuncisión (cfr. Hch 15, en el caso de las mujeres no se encuentra ninguna señal de polémica, en ningún texto neotestamentario.

Desde el principio, por tanto, las mujeres son miembros directos y plenos de la comunidad cristiana, bautizadas igual que los hombres. El libro de los Hechos, que narra la vida de los primeros cristianos, habla constantemente de “hombres y mujeres” al referirse a los que se convierten y reciben el bautismo (cfr. Hch 5, 14; 8,3).

Presentes ya en la comunidad que, en Jerusalén, aguarda al Espíritu prometido, las mujeres formarán parte, en esta primera hora de la Iglesia, de la “multitud de fieles” que acogen la palabra y van formando las primeras comunidades cristianas que se adhieren en gran número a la fe y al bautismo.

En la comunidad de bautizados que es fruto de la Resurrección de Jesús y de la experiencia del Espíritu, se concretiza de manera palpable la exclamación agradecida y maravillada de Pablo: “Ya no importa el ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer, porque unidos a Cristo Jesús todos ustedes son uno solo” (Gál 3,28).

El bautismo da a la mujer cristiana el derecho y el deber de participar activamente en la comunidad eclesial primitiva. Y así, el NT nos va a dar cuenta y nos va a presentar a las mujeres con diversos carismas y presentando diferentes servicios dentro de la comunidad que se organiza para la misión evangelizadora.

El hecho de que sean mencionadas, en un contexto marcadamente patriarcal, nos muestra que estos nombres de mujeres, regados por los escritos

neotestamentario, tenían una presencia de gran importancia en aquellas comunidades.

En la lista de carismas, reseñadas por Pablo en 1Co 12,28, aparece una clara jerarquía, de arriba abajo, que tiene gran importancia. Los primeros que se mencionan son los apóstoles, luego los profetas y a continuación los otros carismas, doctores, los que hacen milagros, sanan etc. Pues bien, en los ministerios de mayor importancia, los de apóstol y profeta, vemos que la mujer no está ausente en la Iglesia primitiva.

Así Junia, en Rm 16,7, es saludada por Pablo, junto con Andrónico, como “apóstol eminente”, su predecesora en la fe y su compañera de prisión. Este dato nos permite llegar a la conclusión de las corrientes exagéticas más recientes de que el ministerio apostólico no se restringió al grupo de los Doce, sino que alcanzaba a todas las personas -hombres o mujeres- que acompañaron a los Doce, sino que alcanzaba a todas las personas -hombres o mujeres- que acompañaron a los Doce durante todo el ministerio apostólico de Jesús (cfr. Hch 1,21), o que “vieron” al Señor Jesús y se dedicaron íntegramente a construir su obra (1Co 9,1) y anunciaron el Evangelio no por inspiración humana, sino llamados por el mismo Señor (Gál 1,11).

En casa del evangelista Felipe, en Casarea, se mencionan cuatro profetisas, hijas del mismo Felipe (Hch 21, 8 ss). Y el mismo Pablo, al reglamentar el uso del velo sobre la cabeza para “toda mujer que reza o profetiza” (1Co 11,5) está reconociendo explícitamente el ejercicio del ministerio de profecía por parte de la mujer. Se cumple así, en la Iglesia primitiva, la profecía de Joel, interpretada y anunciada por Pedro en Pentecostés, que dice: “sus hijos y sus hijas hablarán en mi nombre ” (Hch 2,17).

El diaconado de la mujer también es mencionado en el NT. Febe, diaconisa en la Iglesia de Cencrea, tuvo un papel muy relevante ya que Pablo la cita con las recomendaciones más afectuosas y agradecidas, a los destinatarios de su carta, recomendándoles que “la reciban como se debe hacer a los santos y la ayuden en todo lo que necesite”, y argumenta “porque ha ayudado a muchos y también a mi mismo” (Rm 16, 1-3). Esta servidora del Evangelio, Febe, no está sola en diaconía. En el cap. 9 de los Hechos, 36-42, se menciona a una tal Tabita, una “discípula” que se dedicaba a las “buenas obras ayudando a los necesitados”, es decir, vivía al servicio de los pobres, concretamente de las viudas de la ciudad de Jope.

Estos ejemplos nos remiten a la institución de los siete diáconos (Hch 6, 1'6) y, aunque Tabita no es llamada directamente diaconisa, se la puede reconocer como tal por su servicio, tal como se reconoce el árbol por sus frutos. La primera carta a Timoteo (3,11) parece referirse al ministerio de las diaconisas oficialmente instituido.

Hay todavía otros nombres de mujeres que nos muestran la importancia que tuvieron en la organización de la misión evangelizadora de la primitiva Iglesia. Son mujeres que, con una total disponibilidad, ponen todo su saber y su ser al servicio de la propagación de la palabra, sea como coordinadoras de comunidades y animadoras de las iglesias domésticas, sea como misioneras que viajan constantemente anunciando el Evangelio y formando los futuros evangelizadores, sea como servidoras que gastan todas sus energías sirviendo a las comunidades de todas las maneras posibles.

Así nos encontramos con la gran Priscila que, con su marido Aquila, fue una pieza fundamental en los viajes de Pablo desde Corinto hasta Efeso (cfr. Hch 18,18ss), en la animación de las comunidades locales de Corinto (1Co 16,19) y en la formación de Apolo que sería después uno de los mejores colaboradores de Pablo (cfr. Hch 18, 24-26; 1Co 1,12; 3,4; 4,6; 16,12; Tt 3,13). Pablo se refiere a este grupo -mencionando casi siempre a la mujer en primer lugar- con expresiones de verdadera admiración y alabanza, aplicándole las palabras que destina a sus colaboradores más íntimos, como Timoteo, Tito y Urbano (cfr. Rm 16,21; 1Tes 3,2; 2Co 8,23; Rm 16,9). Al llamarles sus colaboradores "en Cristo Jesús", Pablo reconoce que les debe la vida ya que la arriesgaron por él hasta la muerte.

En el capítulo 12 de los Hechos, Pedro, al escapar de la prisión, se dirige a casa de María, madre de Juan Marcos, donde la Iglesia estaba reunida en oración. El hecho de no nombrar a nadie más indica que ella estaba al frente de aquella comunidad orante (Hch 12, 12-17).

En el capítulo 16, 11-15, se nos presenta la fascinante personalidad de Lidia de Tiatira, comerciante de púrpura, que reunida en oración con un grupo de mujeres, a la orilla de un río, un día sábado, se convierte a través de la palabra proclamada por Pablo. El libro de los Hechos pone especial énfasis en su capacidad de escucha atenta y total cuando nos dice: "el Señor la movió a poner toda su atención en lo que Pablo decía" (v.14). Se convirtió y recibió el bautismo "junto con toda su familia" y pone su casa a disposición de quienes anuncian el Evangelio. Lidia de Tiatira, rica comerciante, no desa-

proveyó ese llamado de Dios a pesar del éxito en su profesión y, consecuente con su fe, arriesga su trabajo, su seguridad y la de su familia, hospedando en su casa a aquellos desconocidos que le habían introducido en el conocimiento de Jesucristo.

Más adelante, en el mismo capítulo 16, v. 40, la encontraremos recibiendo a Pablo y Silas después de salir de la prisión, exponiéndose, como ellos, a ser también perseguida y presa. Fue, pues, en Filipo, en casa de una mujer, donde nace la Iglesia Cristiana que se prepara para evangelizar Europa. Y esto fue posible porque esa mujer abrió de par en par las puertas de su casa y de su corazón al Evangelio de Jesucristo, con todos los riesgos inherentes a esta opción.

Finalmente, el NT nos menciona otras mujeres que realizaban sus servicios más humildes y anónimos, pero ciertamente importantes, para continuar el camino del Evangelio.

Algunas veces, estos servicios son mencionados, como es el caso de las viudas que “lavaron los pies a los santos” y les ofrecieron su hospitalidad siguiendo el ejemplo de Jesús (cfr. 1Tm 1,10). Otras veces, se nos dice simplemente que esas mujeres “trabajaron” o “se fatigaron” por el Señor. En esta categoría podemos incluir a María, Trifena, Trifosa y Pérsides (Rm 16,6. 12) que se entregaron por entero al servicio del Evangelio y de la comunidad y por eso se merecen la consideración y el cariño que el propio Pablo reivindica para sí mismo y para todos los que asumirán la misión evangelizadora con la misma dedicación (cfr. Gál 4,11; Fil 2,16; 1Co 15,10; 1Tes 5,12).

Sin el espíritu de servicio y la entrega de esas mujeres, el trabajo de evangelización se habría visto privado de una colaboración importantísima gracias a la cual se difundió tan sólidamente. Y en los primeros siglos de historia de la Iglesia continuará esta presencia del servicio femenino al Evangelio que alcanzará cumbres de santidad y de gloria con el testimonio de las primeras mártires: Perpétua, Felícitas, Agueda, Inés, Blandina y tantas otras.

Hoy también no faltan las mujeres que se afanan, empeñadas con todas sus fuerzas en que el Evangelio llegue a todos los rincones del mundo y llene todas las dimensiones de la realidad. En nuestros días, llaman poderosamente la atención las religiosas insertas en medio del pueblo que comparten su vida dura y difícil e inventan una manera nueva de evangelizar no con palabras, sino con su vida y convivencia, incluso con la entrega de su vida hasta el fin.

Es preciso mencionar también aquí las mujeres seglares coordinadoras de las CEBs o de los Círculos Bíblicos que, con una dedicación siempre mayor, asumen la misión de hacer crecer en medio del pueblo más pobre una nueva manera de ser Iglesia, y realizan con espíritu y perseverancia admirables una gran diversidad de servicios que hacen resonar la Palabra del Evangelio con una energía nueva.

Todas esas mujeres son como el grano de trigo que muere y no queda solo, sino que da mucho fruto y por eso las comunidades eclesiales deben darles el merecido reconocimiento porque mucho les deben.

Mujer: una presencia afirmativa en la evangelización

Con la celebración de los 500 años de evangelización en América Latina y el balance que ha desencadenado este acontecimiento en todo el continente, se nos impone repensar la manera como fuimos considerando muchos de los aspectos de esa evangelización cinco veces centenaria, entre los cuales destaca la presencia de la mujer en el proceso evangelizador.

En todas las historias que se han escrito de la evangelización, en general y más particularmente en nuestro continente, la presencia de la mujer o bien es simplemente omitida o brilla por su ausencia. La mujer -dicen- no ha estado ni está en primera línea de la evangelización porque no podía asumir los riesgos y las durezas que implicaron el trabajo de los primeros misioneros que intentaron evangelizar las nuevas tierras.

En otras palabras, al no tener acceso a los ministerios ordenados, no podía realizar algunos servicios fundamentales del trabajo evangelizador, como por ejemplo, la dispensación de los sacramentos, etc... Al estar, como siempre estuvo, restringida a la esfera de lo privado y de lo doméstico, no pudo hacer oír su voz en nombre del Evangelio, en los momentos claves de la historia latinoamericana, tal como lo hicieron un Bartolomé de las Casas u otras figuras masculinas.

Creemos que ha llegado el momento -un verdadero kairós- para poner las cosas en su lugar y rehacer la historia hablando positivamente del la presencia de la mujer en todo el proceso de evangelización.

Desde los tiempos de Jesús, la mujer ha sido llamada a participar, y efectivamente participa, activamente en todo el proceso de anuncio y difusión de la Buena Nueva, no por iniciativa autosuficiente suya ni por el deseo

de una usurpación indebida de algo que no le corresponde, sino porque fue llamada y formada, desafiada y enviada por el mismo Señor y por las comunidades que requerían y exigían sus servicios.

Hoy como ayer, o quizás más que nunca, la mujer siente en su rostro el soplo del Resucitado y su Santo Espíritu que todo lo renueva y oye la voz del Señor que le dice: "Como mi Padre me envió, yo también les envío" (Jn 20, 21-22). Ellas que "también" son enviadas, después de haber sido llamadas y formadas a los pies del Maestro y desafiadas por El a asumir y confesar públicamente su fe, podrán ayudarnos a hacer realidad esta Nueva Evangelización que nuestro continente y el mundo entero tanto necesitan.

El Evangelio proclamado con nuevo vigor y renovada alegría por boca de la mujer constituye, sin duda, una de las esperanzas más concretas e iluminadoras del proyecto de una Nueva Evangelización.

(De la revista *PERSPECTIVA TEOLOGICA* -Caixa Postal 5047, 31611 Belo Horizonte, MG, Brasil- No.58, septiembre-octubre 1990, pp. 289-309. Traducido por José Ricart)

"Las palabras antiguas van a perder su fuerza y enmudecer, de modo que la existencia de los cristianos consiste solo en orar y hacer justicia entre los hombres.

Todo el pensamiento, todas las palabras y toda la organización de las cosas del cristianismo han de nacer de este rezar y de este actuar".

DIETRICH BONHOEFFER